

## Pobre Zelmira!.....

No la había vuelto á ver desde que su familia cambió de finca y se marchó tan lejos. Los estudios bastante serios que emprendí y también un poco de indolencia, me habían hecho olvidar la inquieta y esbelta campesina de los ojos negrísimos y de la mirada altiva y voluptuosa.

Se llamaba Zelmira y apenas contaba catorce años, dos menos que yo, cuando habitaba poco distante de mi casa. Yo siempre, á todas horas, estaba en su campo; durante el día, corriamos juntos por los floridos senderos; en la noche, leíamos alguna novela ó conversábamos al rededor del hogar.

Cómo era linda con su carita sentimental, con su cuerpo esbelto y elegantísimo! No parecía pertenecer á una familia de campesinos todavía me parece verla tantas veces, volver del campo encorvada y llena de fatiga bajo el haz de leña ó de hierva, y sufría porque yo experimentaba por ella un sentimiento tranquilo, dulcísimo, irresistible, que me impulsaba á quererla bien. Y ella, niña todavía, pensativa á pesar de todo reía y bromeaba!..... Oh! cómo la habría estrechado en mis brazos!..... Como habría besado sus labios purpúreos. Pero era tan ingenua!..... Apenas tendría catorce años!.....

Cuando vino á decirme adios, me habló así con voz cariñosa:

—Acuérdese de nosotros .....allá estamos.....vaya alguna vez.....

—Si.....iré, no hay que dudarlo, respondí sonriendo.

No cumplí mi promesa. Los estudios, los amigos, las diversiones poco á poco me hicieron olvidar todo; y si alguna vez la recordaba, era en algún instante de suave melancolía, en un doloroso y á la vez placentero recuerdo del pasado.

Después de algunos años, concluidos los estudios, sufrí el exámen de médico militar. Antes de partir para Turín, en donde estaba acampado el regimiento de caballería Génova, al cual estaba agregado, antes de abandonar la familia y los amigos, quise ir á verla y á decirle adios.

En medio de aclamaciones de sorpresa, de gozo y de bienvenida, fuí recibido por los de la familia y por ella.

Dios mío! Qué bella estaba! Había crecido bastante y sus formas se habían desarrollado espléndidamente; su faz, siempre pálida, no había perdido, sin embargo, aquella vivacidad y aquel brío infantil de los primeros años.

Permanecí extático contemplándola.

—Y bien, dijo, riendo, no le pareceo siempre la misma?

—No, respondí; estás ahora más bella!

Sacudió maliciosamente la cabeza; tomó de un vaso de la ventana un pensamiento y colocádomelo en el ojal de la levita, triste, con una ingenuidad, con una delicadeza de sentimiento sorprendente en una campesina, me dijo:

—Vea: esta es la flor del pensamiento..... Cuando usted esté solo, lejos, muy lejos, piense en nosotros alguna vez, no lo haga como lo ha hecho hasta ahora ..... y escriba!

La miré fijamente á los ojos, pero no pude contestar por la emoción. Sin embargo, mi mirada en aquel momento era bastante elocuente.

Aquellas buenas gentes me hicieron recorrer todo su campo, pasar por todos los senderos, examinarlo todo, pero, yo no veía más sino á ella sólo de ella me ocupaba.

En la tarde, poco antes del regreso, cuando sentado uno junto al otro le recordaba los paseos á través del campo, los juegos y las ocurrencias de los años trascurridos, tocaron á la puerta. Ella se separó de mi lado en tanto que entraba saludándonos un jovencito ni feo ni bello y de maneras propias de un campesino.

—¿Quién es este? pregunté á la madre de ella.

—Es el novio de Zelmira, me respondió en voz baja, cerrando los ojos maliciosamente.

Sentí opresso el corazón. Enrojecí, me confundí, tiré al suelo violentamente la flor que me me había dado, y saludándolos fríamente me salí sin responder siquiera á los cumplimientos y á los augurios de buena suerte que se me dirigían.

Y sin embargo, por qué me portaba así? Tenía acaso derechos sobre aquella muchacha? No era ella acaso completamente libre?

No sé nada; las palabras que me contestó su madre me habían hecho mal.

Los amigos, que me notaron de bastante mal humor, quisieron á todo trance conocer la causa. Rieron y se burlaron y..... concluí por reírme con ellos.

Habrían pasado cuatro años, era á mediados de septiembre, yo estaba con mi regimiento ocupado en serias maniobras hácia los Apeninos, cerca de Pistoya.

Destacado el regimiento, con un solo carro de ambulancia y una docena de hombres por toda escolta, debía alcanzar la cima de una colina para descender después de allí á Gavinana donde se me había ordenado hacer alto.

La monótona canción de un soldado de la escolta, el retintín de los sables, el tétrico chirrido del carro, el trote cadencioso de los caballos y mulas; todo eso, en unión

de un paisaje escarpado y salvaje, me disponía sin quererlo, á la tristeza y á la melancolía:

Pensaba en la familia, pensaba en los amigos ausentes.

Al desembocar de una calle, á dos millas casi de Gavinana, me vino al encuentro una mujer de regular edad, con los ojos preñados de lágrimas.

—Señor Teniente, me dijo, usted es médico, no es cierto?

—Sí, buena mujer, respondí.

—Haga una obra de caridad, venga á ver allí en aquella casita, una pobrecita que se muere sola, abandonada de todos....

Ordené al sargento de la escolta continuar adelante, y tomando el caballo del cabestro seguí á aquella mujer. Por el camino supe que se trataba de una joven afectada hacía algún tiempo de una fiebre lenta y continua.

—Está sola? pregunté á mi guía.

—No señor, es casada; pero con un borracho que derrocha todo su dinero en la taberna y la deja desprovista de todo. Después continuó llorando y exclamó: es tan desgraciada! Tenía un niño bello como un ángel y se le murió apenas hará dos meses! Los médicos no se conmueven fácilmente y yo...dejé llorar libremente á mi compañera.

Entré á la casa. Los muebles, escasos y roídos, las paredes negras y sucias, algunos trastos esparcidos por el suelo, todo anunciaba la escualidez de la miseria. En el fondo del aposento una mujer pálida presa del sufrimiento, dormía con un sueño agitado. El ruido que hizo mi sable al chocar en la silla la despertó con sobresalto, abrió los ojos lánguidamente y la reconocí. Era ella!

Era Zelmira, demacrada, desfigurada por las privaciones y el dolor! Era ella la que yo veía tendida en un lecho miserable y casi próxima á morir. Quedé inmóvil, mudo, con la mirada fija; no creía que estuviera despierto.

Ella me reconoció de repente, dos lágrimas se desprendieron gota á gota y trató de sonreírme.

Imaginéme en el acto cuánta debió haber sido la pena moral de aquella infeliz, le dirigí palabras suaves, confusas, afectuosas y sentándome al borde del lecho, le pregunté acerca de los sucesos de su dolorosa vida.

Su historia era la de tantas otras desgraciadas. Se había casado con aquel joven y había pasado felizmente el primer año de matrimonio. Bien pronto sin embargo se eclipsó la luna de miel, concluyó el gozo y el contento. El marido dedicado al juego y á la bebida, privado de todo sentimiento noble, la abandonaba todos los días, concluyendo por fin por maltratarla y hasta pegarle. Pegarle! A ella tan buena, tan bella! Derrochado todo su haber, pobre, deshonorado,